

DE LA VALENCIA REMOTA

UN HALLAZGO DE OBRA MUSIVARIA DEL SIGLO III

En el más íntimo laberinto de sus viejas calles tradicionales y lleno de significadísimas atribuciones, Valencia con afortunada frecuencia capta y recobra su pasado que inesperadamente advierte la propia y presente renovación de la ciudad.

La exploración arqueológica de la ciudad, incidentalmente realizada en el pasado siglo, y la más cautelosa observada hasta el presente no se vio muy correspondida por la presencia de entidades monumentales correspondientes a la hoy tan preciada época de nuestra urbe de sus orígenes fundacionales por la égida del Imperio Romano.

Un regular lote de lápidas con dedicatorias datadas, en su mayoría, en posterior época de romanidad, una necrópolis ya patrimonio de los tiempos paleocristianos y abundante y heterogénea cerámica que acusa un supuesto histórico vacilante por ausencia de entidades que evidentemente las concreten.

La Valencia fundada por Junio Bruto, en el siglo II anterior a la era rigurosamente comprobada en su origen y persistencia hasta los tiempos visigóticos, se resiste a descubrir sus más emocionadas como íntimas vicisitudes. Por ello, cuando las contingencias de la intensa mutación con que la ciudad renueva su condición urbana, determina afortunadamente y con sorpresa la contemplación de aquella cultura, podemos rasgar con señal de acontecimiento un trazo más a veces fecundo en la historia de Valencia.

En la calle del Reloj Viejo, de singular estirpe medieval, pues su denominación nos lleva a recordar, a través de la documentada y aún existente constancia de la topografía de la ciudad, los tiempos foráneos de nuestro Concejo con sede en su mansión de la calle de Caballeros, ostentadora de aquel reloj, con hora para todos los valencianos, situado frente al quebrado callizo que conducía a la gremial calle de la Bolsería.

En 1950, en un solar largo tiempo sin edificar y que en la centuria anterior dio auspicios a representaciones dramáticas con un improvisado teatro de vecindad, al calar los trabajos de cimentación para un nuevo edificio, previamente y al nivel del semisótano de la anterior construcción, irrumpió una voluminosa bóveda de recia fábrica de ladrillos atribuible al Bajo Medievo: era un algibe, cuyas funciones de buena covacha fueron seguramente admitidas para utilización a través de unos cinco siglos, lo que le salvó de su derribo.

Al desplazar las tierras y buscar el auténtico nivel de su piso, sorprendió la atención del personal de excavación del Servicio de Investigación Arqueológica del Ayuntamiento de Valencia, ya interventor en aquellos trabajos, una abundante cantidad de dados de mármol blancos y negros que hicieron presumir próxima y afortunada contingencia.



Mosaico hallado en Valencia, calle Reloj Viejo

No se hizo esperar, cuando se llegó exactamente a nivel de la superficie del pavimento, aunque, fragmentariamente, varias zonas de su dintorno rectangular aparecieron cubiertas de restos parciales de una amplia pavimentación musivaria que acusaba el desarrollo de temas florales propios de la técnica mosaísta romana de talleres provinciales que tan abundantemente se dieron en los avanzados tiempos del Imperio. Como es natural, la zona de fricción o de desgaste correspondiente al espacio central o de uso como el de acceso del sotabanco (algabe) había perdido teselado y únicamente una irregular faja que contorneaba los muros laterales y de fondo ofreció parceladamente sectores de mosaico.

Por fortuna, pudimos comprobar inmediatamente que los pesados muros no habían calado ni deshecho la entidad del pavimento, sino que simplemente superpuestos permitirían tras su derribo calmar la ansiedad que ya nos procuraba tan inquietante hallazgo.

No era cosa fácil, puesto que aquella colectora de aguas situada a un nivel infrarrasante de la actual altitud de aquella zona urbana, servía de imprescindible contrafuerte a la peligrosa gravedad o cimentación del viejo edificio colindante.

Pacientemente se realizó el desplazamiento de tierras inmediatas que dieron a idéntico nivel nuevas muestras de entidades musivarias gemelas a los primeros indicios del hallazgo. Su amplitud desorientaba, ya que irrumpía tras los límites del solar para abordar los del edificio inmediato por el norte y los de la calle por el este.

Los primeros y parciales hallazgos hacían suponer una gran realización musivaria de tipo y arte avanzado debida a su constante característica floral y geométrica. Pero cuando consolidadas debidamente las antiguas cimentaciones, como los profundos cortes de tierra que había producido el socavado, pudo derribarse el cañón abovedado del antiguo algibe, sorprendió inusitada y radiantemente la contemplación del sugerente motivo emblemático central de toda la teoría musivaria que poco a poco fuimos apercibiendo. Consistía en un acabado y perfecto teselatum policromo que interpretaba una impresionante plasmación con riguroso rictus mitológico de la cabeza de Medusa.

Su hallazgo determinaba, pues, la más singular adquisición que Valencia hacía de su propio y remoto patrimonio del arte musivario tan escaso en la ciudad hasta el presente. Ya se pudo constatar con plenitud su entidad, cronología y atribución cultural.

Su estructura rectangular acusa con su ornamentación floral un período de avanzada evolución hacia los ritmos intrincados o fantásticos con que el último período de grandeza imperial rivaliza con la anterior fase Pompeyana. Ello justifica su atribución a la segunda mitad muy avanzada del siglo II ó en los albores del III.

La teoría floral que muestra esta entidad musivaria, así como toda la tracería geométrica conseguida en los distintos y posteriores hallazgos, demuestran la doble factura de origen de los mismos.

Mientras esa teoría floral a que hacíamos referencia, envolvente, con bucheros o semiovas reticuladas en sus ángulos, con caulículos, follaje y frondas serpenteantes, componen el contorno de la obra policromada, es de segura y típica realización del artesano local, valentino o valenciano, hábil en la musivaria, que se cultivaba con acierto y especial sello en todo el litoral mediterráneo. No así ese magnífico dintorno guardado por cenefas de trenzado y postas continuas, ostentador de la faz de Medusa matizada con teselas sienas, amarillas, azules, negras y blancas. De pictórica impresionista, de vigorosa factura, sin reflejos afectivos y fulgurante en la medida expresión de sus pupilas, fiel a su proverbial cualidad mitológica, la identifica totalmente como un evidente emblema circular que de facto y expresamente remitían los magistrales talleres de la península Metrópoli a los demás musivarios «provinciales» del resto del Imperio, para completar y elevar con mejora la suntuosidad de su artesanía.

El Ayuntamiento de Valencia rindió el mérito que requería el hallazgo, estimando al mosaico con una cuidadosa extracción del mismo, verificada por el Servicio de Investigación Arqueológica de la ciudad de Valencia y por su instalación en el Museo a cargo del más experto montador que en los museos

de nuestro Protectorado recogió e instaló los magníficos presentes musivarios de Lixus y Tamuda.

Junto con ese magnífico documento de nuestra personalidad cultural y artística de la Valencia del siglo III, han aflorado en la excavación de la calle del Reloj Viejo, otros interesantísimos fragmentos musivarios de realización geométrica y de estimable proporción, cuidadosamente captados y adecuadamente conservados para su ostensible instalación en los nuevos locales que se proyectan para ámbito y prestigio de nuestro ya ejemplar Museo Histórico de la Ciudad.

Dr. Roda Soriano